

El lado oscuro de la victoria. Dos corrientes
León Trotsky
19 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “L’aspect sombre de la victoire. Deux flux.”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 181-185. Publicado en *Kievskaja Mysl’*, número 290, 19 de octubre de 1912.)

Hasta ahora, la guerra sólo nos ha mostrado un aspecto: el de la población masculina arrancada de los pueblos y ciudades, hacinada en trenes y enviada al lugar de las futuras operaciones militares. Este proceso aún no ha terminado: hay que completar la movilización, continuar con la selección de reclutas y los trenes militares siguen llevándose a la población trabajadora del país. Otra corriente ha empezado a fluir en sentido contrario. En los dos últimos días, los trenes no sólo se han llevado a la población, sino que también la han traído de vuelta. Así se compensa el gran éxodo. Me refiero, por supuesto, al traslado de heridos y prisioneros.

La llegada de los heridos aún no ha dejado una huella dolorosa en el en la vida de la ciudad y ello porque no han llegado más de doscientos o trescientos. Es más, no se trata de gente de Sofía, sino de lugares lejanos. Los heridos de Sofía se han repartido entre Filipo [Plodiv], Sliven y otros lugares. En el hospital de la Cruz Roja hay varias camas vacías, las enfermeras aún mantienen su frescor y no parecen ni agotadas ni ocupadas. Las mujeres ricas traen flores y perfuman los pasillos del hospital. Sus manos gráciles y delicadas tocan la frente y las mejillas de los pacientes, que están perladas de sudor frío.

El reducido número de prisioneros que llegaron atrajo la curiosidad de la gente que los observaba e interrogaba. Ayer llegaron 320 de Mustafâ Pachá. Entre ellos había veinte búlgaros (ortodoxos), dos armenios y un judío de las montañas. El resto eran turcos.

Llegarán más prisioneros y más heridos. Entonces, las habitaciones de los hospitales de Sofía estarán literalmente abarrotadas; las enfermeras ya no podrán cambiar sus batas blancas con cada nuevo chorro de sangre y sus ojos no estarán tan brillantes como ahora, cuando dan la bienvenida a los recién llegados, sino enrojecidos por el cansancio. Las flores con las que las mujeres decoran los pasillos del hospital pronto se marchitarán...

Apenas había comenzado la movilización en los Balcanes cuando acudieron periodistas de todo el mundo. Llenaron los cafés, los hoteles y las salas de espera de los ministerios de Belgrado y Sofía. Inmediatamente empezaron a quejarse de los ministros que no les concedían entrevistas, del personal de telégrafos que les ocupaba todo su tiempo y del gobierno y el estado mayor que mantenían durante demasiado tiempo el secreto sobre los acontecimientos militares. De vez en cuando, alguien les recordaba que la guerra no se había declarado en beneficio de los periodistas y fotógrafos, y que las operaciones militares tenían otras prioridades que las de los corresponsales. Inmediatamente después de que estallaran las hostilidades, los periodistas, con algunas excepciones, se precipitaron al cuartel general, vaciando los hoteles y los cafés. Médicos rusos, alemanes, austriacos y checos ocupan su lugar. Con sus brazaletes de la Cruz Roja y sus bolsas colgadas al hombro, tantean las calles en grupos, a la espera de una *misión*. Ayer me encontré con unas cuantas enfermeras rusas que, perplejas, se abrían paso entre la multitud.

- Estamos esperando que nos destaquen a algún lugar. Dicen que nos van a enviar...
¿Dónde?

- Creo que Lozevj.
- Lozengrad, ¿quizás?
- Exactamente, asintió la enfermera con satisfacción. A Lozengrad. ¿Es cierto lo que oímos, que los búlgaros han infligido otra paliza a tucos?
- Sí, así es. Frente a Lüleburgaz.
- Bien.
- ¿Bien?
- ¿Cómo van las cosas?
- Bien, repitió la enfermera segura de sí misma.

En dos ocasiones fui a ver a los prisioneros encerrados en el cuartel del 4º Regimiento de Artillería de Fortaleza. Para visitarlos tuve que pasar por la oficina del comandante para obtener una autorización.

Como consecuencia de la ley marcial, todas las relaciones con la administración pasan por el despacho del comandante. Llegué a un lugar poco acogedor, en plena perturbación, lleno de humo y ruido. La decoración, los procedimientos, las palabras y los gestos me parecían familiares, había algo ruso en ellos. Un hombre de edad, un habitante de la ciudad a juzgar por sus ropas, estaba pidiendo permiso para ir a Filipo, donde su hijo herido había sido hospitalizado. Estaba a punto de susurrarle algo al subcomandante.

- Vale, puedes irte. Pero no le digas a los demás que fui yo quien dio la autorización, o la tomarán conmigo.

Un alemán vestido de civil, pero con aspecto militar, deja en silencio sus documentos de identidad. El subcomandante no entiende lo que quiere, así que yo sirvo de interprete. Nos enteramos de que el alemán es un sargento segundo de un regimiento alemán llamado Fernando de Bulgaria; ha venido hasta aquí, pagándose los gastos, para presentarse como voluntario en el ejército búlgaro, pero lleva dos días en la zona sin llegar a ninguna parte...

- Dile, por favor, que vaya al ministerio de guerra. Si allí están de acuerdo, firmaré un permiso de viaje y le daré un billete gratis a Stara Zagora.

- Ya ha estado dos veces en el ministerio de guerra. No le dejaron hablar con el cargo del ministerio y lo han enviado aquí. Podría usted tal vez telefonar al ministerio para arreglar este asunto.

- No podemos comunicarnos con el ministerio de guerra: siempre está ocupado. ¿Y qué viene a hacer en nuestro ejército si no sabe nuestro idioma? Es alemán, ¿no?

- Afirma que podría salirse con la suya. Los alemanes, dice, sabemos cómo comportarnos en un campo de batalla. Afirma que el embajador búlgaro en Berlín le aseguró que podría alistarse en su ejército y que sería presentado al rey. Quiere conocerle porque también es coronel de su regimiento.

Con mi autorización para visitar a los prisioneros lista, tengo que abandonar a su suerte al sargento primero alemán que está dispuesto a luchar contra los turcos, sólo porque su regimiento lleva el nombre del rey Fernando.

El centinela de la puerta del cuartel se adelantó para negarnos la entrada. Le mostramos nuestra autorización, pero el documento no significaba nada para el soldado, que parecía analfabeto. Todas las dificultades se superaron con la ayuda del comandante de la guardia. En el enorme patio rectangular, rodeado por un lado por el edificio del cuartel y por los otros tres por los establos, había caballos, grupos de milicianos territoriales y reclutas. Cerca de veinte prisioneros, con carretillas, se encargaban de recoger el estiércol de los establos. Nos gustaría hacer una fotografía, pero un suboficial nos lo impide.

- ¿Se necesita también una autorización especial para ello?

- Vuelva mañana a la hora de comer y podrá hacer fotos. ¿Qué sentido tiene fotografiarlos ahora?

Intenté comprender cuál era el problema. Descubrí que las autoridades no querían fotografías de presos trabajando. Parece que en Europa corre el rumor de que los búlgaros tratan mal a sus presos, obligándoles a recoger excrementos. Evidentemente, en este caso tienen mucho cuidado con la opinión pública europea.

El comandante del cuartel, un oficial de reserva, me llevó a ver a los prisioneros. Llama a una puerta. Un guardia nos abre desde dentro y entramos en la primera sala. Alberga a unos 150 hombres. A lo largo de las paredes y en el centro, hay colchones de paja en el suelo, dispuestos en cuatro filas, una al lado del otro, con mantas sucias y gastadas. Los prisioneros turcos, que se sientan o se acuestan en ellos, permanecen casi todos en posición de firmes a nuestra entrada. Llevan sandalias o zapatos en mal estado, bandas cuidadosamente enrolladas alrededor de las piernas, calzones estilo suabo, chaquetas de color verde grisáceo y fez del mismo color, excepto unos pocos que son rojos. Sus rostros expresan la humanidad en toda su variedad. Algunos parecen estar de buen humor, otros indiferentes, otros parecen aburridos o insatisfechos. Algunos son jóvenes, otros mayores. Tumbados en sacos de paja, charlan, rememoran o dormitan. Pero nuestra llegada ha provocado revuelo. Algunos temían que el oficial escoltara a una persona importante que había venido a anunciar cambios. Nos han seguido atentamente con ojos desconfiados. Una docena de hombres no se han levantado para protestar. Otros se hacen los dormidos. En un rincón, un prisionero está siendo afeitado por otro, mientras un tercero espera su turno.

- Les gusta mucho afeitarse, dice el oficial, pero por lo demás son gente sucia.

Entramos en una segunda habitación y se repite la misma escena. En la tercera, no hay colchones. El suelo está cubierto de paja y se encuentra en un estado lamentable. Los soldados estaban hacinados en peores condiciones que en las otras dos habitaciones. Sólo un puñado de hombres se levanta cuando entramos.

- Eso es todo, caballeros, dijo el oficial. Son 403. Tenemos dos en el hospital en estos momentos. Unos treinta, tal vez cuarenta, son búlgaros griegos y armenios, el resto son turcos. Fueron capturados en Skeç y en Mustafâ Pachá. Para las fotografías, vuelva mañana, al mediodía, a la hora del almuerzo. Es más interesante, se lo aseguro. Se reúnen en el patio en grupos muy pintorescos.

Hoy he vuelto al cuartel de artillería. En el patio, junto a una puerta en la que está escrito *gotvarnica* (cocina), hay unos cincuenta hombres con grandes cuencos de metal y cubos de hojalata, al parecer son los ancianos de pueblos de distintos países. “*¡Dur bakalam, dur bakalam!*”¹, dice un reservista en la puerta de la cocina a los hombres que muestran signos de impaciencia. Aquí, en el patio, los turcos no parecen prisioneros, no se distinguen mucho de los reclutas búlgaros que también esperan sus raciones. Comen en grupos, sentados con las piernas cruzadas alrededor de sus cuencos. Se les da algo de *čorba* a voluntad y también una especie de ragú. Los turcos comen todos ensimismados, con calma, sin prisas, procurando no acabar antes que sus vecinos. Comen todo, luego sueltan la cuchara y los dedos. Comen con la serenidad de los campesinos.

- ¿Cómo se sienten, tienen nostalgia?, le digo al guardia búlgaro que habla turco.

- ¿Cómo no iban a estarlo? Están muy apegados a su familia y sólo esperan una cosa: que esto termine para poder volver a casa. Todos son reclutas, incluso los más viejos. Puede que hayan evitado ser reclutados una vez, pagando mucho dinero, y luego, sin dinero, fueron reclutados en la siguiente movilización. No sabían nada de la vida de soldados. Les cogieron sin luchar, se rindieron.

- ¿No tienen miedo?

- No, ya no. Por la noche, cantan sus canciones. Eh, muchachos, dice a los prisioneros, ¿quién quiere un poco más? Todavía hay un poco de *čorba* en la cocina...

En la oficina de correos, me encuentro con tres voluntarios rusos que están lejos de reavivar el patriotismo en mi corazón.

El primero, junto al mostrador de correos, es un señor bien afeitado, vestido de paisano, pero con una espada en el costado. Se queja al personal de correos de no sé qué falta de disciplina. Habla un ruso trufado de palabras en búlgaro. No habla muy bien y huele a vino. Los empleados de correos se miran entre ellos, pero le dan la razón cortésmente: “Es cierto, la disciplina es necesaria...”

- Disculpe, repite el hombre de la espada, si este hijo de perra no es disciplinado, está, hic, aprovechándose de mi amabilidad...

Los otros dos rusos, voluntarios, casi niños aún, me contaron que habían viajado a pie desde su país hasta Odessa. Allí tomaron el vapor hasta Rusčuk. Ambos parecen arrogantes y tiene aire de fanfarrones.

- Aprendimos cómo se comportan los turcos. Levantan bandera blanca y cuando sus enemigos se acercan, les disparan. Malditos sean, pero ¿es posible hacer cosas así? ¿Tú qué crees?

- Así es, no deberían.

- Pero está prohibido, es una vergüenza. ¿Llama usted a eso pelear?

- En cualquier caso, caballeros, ustedes no dispararían contra una bandera blanca.

- Pero tenemos que encontrar una manera...

- Bueno, caballeros, a más ver.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Esperad, esperad. N. E.